

Premios Nacionales 1993

JORGE ARRATE*

En tiempos remotos, cuando para la sociedad humana el fenómeno de su propio cambio era casi imperceptible y los hijos reproducían la vida de los padres, se premiaba y distinguía a los más ancianos. Se reconocía así en ellos a los privilegiados poseedores del conocimiento acumulado generación tras generación, indispensable para enfrentar casi todas las eventualidades posibles o al menos para ejecutar los ritos necesarios para enfrentar las ansiedades y las angustias de sus contemporáneos.

La veneración de los mayores, por sus servicios, por sus conocimientos, por la herencia patrimonial que los sobrevive y por razones afectivas, sigue siendo un elemento vital en nuestra cultura. Sin embargo, el mundo actual nos plantea problemas inéditos, problemas que requieren, principalmente, además de la experiencia y la erudición, de capacidad creadora que permita alcanzar nuevas metas en el desarrollo de las ciencias, las artes y la comunicación que no fueron imaginadas por las generaciones anteriores.

Pareciera ser cierto que la capacidad creadora se desarrolla mejor cuando la formación de quien la ejerce le permite dominar su campo de estudio. La afirmación de que nadie innova lo que no conoce, implica reconocer que los pioneros, los adelantados, lo son de un colectivo social del cual son parte y

*Discurso del Ministro de Educación Jorge Arrate, en la entrega de los Premios Nacionales, en ceremonia realizada en la Biblioteca Nacional el 17 de noviembre de 1993.

al que están vinculados por los conocimientos que desde allí recibieron, ya sea mediante una práctica, una escuela o un maestro. De este modo, la innovación es siempre tradición que se supera a sí misma y el reconocimiento individual implica también una deuda social.

Sin embargo, lograr el mero dominio de una técnica, de un conocimiento, de una disciplina o de una forma de arte no resulta suficiente para crear. Los cambiantes signos de los tiempos proponen nuevas lecturas, desafían con preguntas desconocidas y exigen respuestas originales.

A quienes han hecho este esfuerzo por leer de modos nuevos, por preguntarse sobrepasando los límites de lo establecido, por intentar respuestas distintas, tributamos el reconocimiento de la sociedad chilena mediante la institución de los Premios Nacionales.

La dimensión de estos premios va cambiando con el mundo. Hoy la cultura se universaliza crecientemente. Este fenómeno agrega una tensión adicional al reconocimiento social que los premios significan: a pesar de nuestra lejanía geográfica, habitantes del sur del sur del mundo, somos crecientemente parte de él y, al mismo tiempo, queremos seguir siendo nosotros mismos, teniendo nuestra propia identidad singular.

Los Premios Nacionales son por ello necesariamente un conjunto que, de por sí, es un resultado de cómo la sociedad se ve a sí misma en una época determinada a través de aquéllos a quienes distingue. Por eso resulta legítimo afirmar que el Estado, al instaurarlos, ha querido promover la creación como disposición, como dinámica individual y social, como fenómeno integrado e integrador, y no como proceso circunscrito a la estrechez de cada área. En la fotografía que constituye una serie de nuestros Premios Nacionales, conviven las ciencias exactas y naturales, que se preocupan principalmente del cómo suceden las cosas, con las ciencias humanas y sociales que atienden a las causas finales, al por qué, a las razones que motivan al hombre. Conviven también con la prensa y el arte. La primera es el instrumento que puede contribuir a la transparencia necesaria de la gestión pública y privada, sirviendo a la vez de integrador y socializador de nuestro quehacer como nación y como canal de integración al acontecer universal contemporáneo. Orientador, crítico, iluminador, mágico es el arte. La interpretación intuitiva, inspirada y globalizadora de la realidad que representa una obra de arte, es un documento permanente del patrimonio cultural. Sin su presencia la vida carecería de color, de ritmo, de música, de poesía, de drama, de forma y quizás hasta del sentido.

Mirados así, como un todo, los once Premios Nacionales otorgados en 1992 y 1993, la primera serie completa bajo las normas de la nueva ley, constituida por los galardonados en ciencias naturales, aplicadas y exactas, en ciencias sociales, educación y periodismo, en literatura, artes plásticas, artes de la representación y audiovisuales y artes musicales, representan varios de los rasgos predominantes en la vida actual de Chile.

El primero es el significado del valor de la libertad, que inspira el respeto que la sociedad quiere demostrar hacia los derechos de cada uno y que constituye el ámbito indispensable para el avance científico, el entendimiento humano sin recurso a la violencia y la creación artística sin trabas ni cánones de autoridad. Los Premios Nacionales muestran un Chile plural y libre, que quiere convivir en paz para progresar, con la energía innovadora que surge de las legítimas diferencias en el modo de pensar, con el fin compartido de superar las injustas diferencias en el modo de vivir.

Segundo, nuestros Premios Nacionales representan la creciente aspiración de los chilenos por la excelencia. Por fortuna, el conformismo ya no nos satisface. El desarrollo, en un país todavía con tantos pobres, es un desafío ético que exige afán de superación individual y colectiva. Ese afán está plenamente representado por nuestros Premios Nacionales.

Tercero, el cuadro de los premios nos muestra un Chile que reconoce la creación y la excelencia como una virtud que hoy se encuentra en todas nuestras generaciones y que abre, con más fuerza, a los jóvenes, la perspectiva de trayectorias plenas en tiempos más breves que en el pasado.

Cuarto, los premios revelan un Chile que existe en el mundo, y no sólo al interior de nuestras fronteras. Realidad nueva -ésta también- que nos enriquece como país, porque recibimos mucho desde el exterior. Tanto por lo que allí aprendieron algunos de los nuestros, como por lo que allí han creado con el nombre de chilenos, como por las posibilidades insospechadas que ello nos abre como país en un mundo que entre satélites y vehículos de transporte supersónico, se hace cada día más pequeño e interdependiente.

Quisiera referirme brevemente a quienes han sido distinguidos con los Premios Nacionales 1993.

Para discernir, los diversos jurados, todos los cuales me ha honrado presidir, analizaron en profundidad los antecedentes y méritos de cada uno de los candidatos actuando con la más absoluta libertad y con plena soberanía. Los jurados consideraron la trayectoria y la profundidad de los estudios, la calidad de las obras, el aporte que significan en sus respectivos

campos, el impacto social de ellas, así como el reconocimiento nacional e internacional que han alcanzado.

PREMIO NACIONAL DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

El Dr. Félix Schwartzmann Turkenich, Premio Nacional de Humanidades y Ciencias Sociales, es un destacado académico que ha entregado gran parte de su vida a la enseñanza superior. Desde la filosofía de la ciencia, sus inquietudes le han llevado a la psicología, la antropología, la lingüística y otras disciplinas, logrando con su profunda capacidad investigadora y su apasionado espíritu crítico un nivel de reflexión antropológica y filosófica admirado más allá de nuestras fronteras.

Su compromiso intelectual y ético con el ser humano contemporáneo, con sus luchas por una sociedad más justa y equilibrada, caracterizan la actividad del Dr. Schwartzmann. Años atrás dijo estas hermosas palabras que sintetizan sus inquietudes y esperanzas: “Hay que destacar que sólo el amor en todas sus formas puede restituir al hombre a su equilibrio social y cultural”.

Las obras de Schwartzmann tienen ya una larga andadura. *El sentimiento de lo humano en América; Teoría de la expresión*, donde explora en todos los campos de la expresividad humana, exponiendo audaces perspectivas; *El universo y el hombre en el siglo XX*, para culminar con la más reciente, *Autoconocimiento en Occidente*, avalan la justicia del reconocimiento que implica este Premio Nacional.

PREMIO NACIONAL DE ARTES DE LA REPRESENTACION Y AUDIOVISUALES

Un dramaturgo es un poco como un demiurgo. En este caso es un ser con un mágico don para mostrarnos lo que es esencial al alma y que nuestros ojos no pueden ver, para crear y abrirnos a un mundo que está ahí, que es el nuestro y sobre el cual él desliza una mirada y una reflexión a ratos dura, a ratos jocosa, tragicómica, obligándonos a detenernos un momento y pensar. Es Jorge Díaz Gutiérrez, Premio Nacional de Artes de la Representación y Audiovisuales. Su nombre es conocido y reconocido entre nosotros y más

allá de nuestras fronteras. *El oscuro vuelo compartido*, *El velero en la botella* o *Un hombre llamado isla*, son obras que ya desde sus títulos nos invitan a la aventura del teatro, a la exploración inquieta e imaginativa del lenguaje, de las múltiples maneras de decir y actuar. Jorge Díaz escribió, creo yo, uno de los capítulos más emotivos de la historia de los Premios Nacionales, cuando al saber en la noche de Madrid sobre su galardón, decidió escribirme una carta donde me anunció que había resuelto volver a Chile después de vivir decenios lejos de esta tierra.

PREMIO NACIONAL DE EDUCACION

Casi más de cincuenta años de dedicación a la docencia y al desarrollo de la Educación en Chile avalan por sí solos al Premio Nacional de Ciencias de la Educación, profesor Ernesto Livacic Gazzano. Profesor de Literatura, decano, subsecretario de Educación y otras responsabilidades de servicio a la cultura, hablan de un hombre que durante toda su vida ha intentado conciliar el ejercicio personal de la docencia, esa relación directa con los alumnos que tan esencial le es al verdadero maestro, con la entrega a su país, con la disposición de su tiempo y su saber a las grandes tareas de la educación nacional. Quienes le conocen, saben de su dedicación, su generosidad y disponibilidad para con las tareas que demandan la educación y la cultura en Chile. Son muchos, generaciones enteras de estudiantes, tal vez, los que se han formado y han dado sus primeros pasos en el aprendizaje del mundo de las letras, gracias a los textos del profesor Livacic. El simboliza, hoy, a los que fueron los grandes maestros chilenos, forjadores de generaciones de profesores y ciudadanos.

PREMIO NACIONAL DE ARTES PLASTICAS

Pocos como Sergio Montecino, Premio Nacional de Artes Plásticas, han tenido la capacidad de mostrarnos con ojos nuevos algo que todos creíamos ya conocido. ¿Quién no tiene en la retina los paisajes del sur de Chile? Los paisajes sureños de Sergio Montecino, con sus verdes de variadísimos matices, sus espesos follajes, sus campos, sus costas, siempre nos sorprenden. Su pintura nos lleva de la mano, dirigiendo constantemente nuestra atención

hacia algo nuevo, no percibido aún: un rincón, una sombra, un pequeño camino rural. El ha contribuido a que Chile redescubra en la pintura el paisaje regional del sur chileno. La pintura de Sergio Montecino ha ido variando. Difícil sería ubicar su creatividad en una sola escuela. Es esa infatigable búsqueda de la creación que perpetuamente se renueva, que deja constantemente atrás viejos moldes buscando nuevas formas de expresarse. Y ese quehacer lo ha transmitido formando y estimulando a generaciones de jóvenes. Lo ha continuado en otros planos que tal vez algunos supondrían ajenos al arte mismo, como lo es su constante labor de escritor, su compromiso con el desarrollo y mejoramiento de la plástica nacional y de las condiciones en que los artistas nacionales trabajan.

PREMIO DE CIENCIAS EXACTAS

El Premio Nacional de Ciencias Exactas 1993 ha sido compartido, por primera vez en la historia de los Premios Nacionales, por dos jóvenes científicos, los doctores Eric Goles Chacc y Servet Martínez Aguilera. Ambos conforman un equipo que demuestra, una vez más, la importancia de los esfuerzos compartidos y del enriquecimiento humano e intelectual que se logra cuando se es capaz de trabajar con otros, de pensar conjuntamente y aceptar y reconocer en las diferencias del otro un potencial de crecimiento de nuestra propia visión. Los doctores Martínez y Goles han incursionado en un campo que, hasta hace muy poco tiempo, permanecía únicamente en los dominios de la ciencia ficción y de los ensueños futuristas de algunos pocos pensadores. Desde las matemáticas, su aporte a los estudios sobre los autómatas y más concretamente sobre las redes de neuronas artificiales para éstos, han tenido un impacto mundial como lo demuestra el éxito editorial de una de sus últimas obras. Sus estudios, estoy cierto, conducirán a un continuo y progresivo mejoramiento en las condiciones de vida de la Humanidad.

PREMIO NACIONAL DE PERIODISMO

El Premio Nacional de Periodismo fue otorgado este año a Pilar Vergara Tagle, la única mujer que en nuestro medio ocupa el cargo de subdirectora

de un diario. De un profesionalismo de alto nivel, ha contribuido al desarrollo y prestigio del medio que dirige, especialmente a través de su acendrado sentido de trabajo colectivo y de su espíritu innovador. Profundamente convencida de que una sociedad permanentemente informada es -siempre- una sociedad más libre, ha entrevistado a un sinnúmero de políticos, intelectuales, científicos y artistas, mujeres y hombres que se han destacado en la vida nacional, de todas las ideas y tendencias. Pilar Vergara es también académica, aunque, por sobre todo, con su accionar diario en el tráfigo de los acontecimientos mundiales y nacionales y su transmisión a través del papel impreso, es una de las protagonistas de nuestra vida de todos los días. Pilar Vergara ha señalado que en el campo de las comunicaciones, no se puede restringir la posibilidad de contar con las visiones y apreciaciones de personas formadas en otras disciplinas. Consecuente con ello y con su apasionada defensa de la prensa escrita, ha integrado al medio de comunicación donde labora la opinión de muchos otros profesionales, mostrándonos así su sentido innovador y su mirada diferente frente al compromiso humano de comunicar e informar.

Las personalidades a las que hoy rendimos justo homenaje han tejido en su obra nuestro pasado y nuestro devenir, han surgido de nuestras tradiciones para innovar y hacer o descubrir algo nuevo. Desde nuestra propia identidad, gracias a la libertad, en un mundo que es crecientemente nuestro y al que crecientemente pertenecemos.

Ojalá la acción de nuestros premiados y su obra abran senderos de futuro para los que vienen. Para que nunca renunciemos a pensarnos a fondo de nosotros mismos. Para que exploremos cómo transmitir mejor nuestras esencias a nuestros niños y jóvenes y cómo hacer más libre nuestro país informándolo más y mejor. Para que nuestros dibujos no olviden la ternura de nuestros rincones y nuestras artificiosas representaciones de pedazos de vida sigan siendo esa mezcla de humor y dolor, de ácida mirada humana con que los chilenos nos castigamos y, al mismo tiempo, nos amamos a nosotros mismos.

En fin. Espero y deseo que los Premios Nacionales insinúen a nuestros jóvenes que seguimos siendo un país de poetas, pero que es posible que lleguemos a ser un país de matemáticos. Sin necesidad, por cierto, de renunciar nunca a nuestras poesías.